

fren, cuando son inútiles se convierten en máquinas infernales.

No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar todos los males de la falta de educación de la mujer, y seguirlos por todos sus variados caminos, y ver cómo se combinan y multiplican y crecen: basta lo dicho para comprender que no pueden sembrarse errores sin recoger desventuras.

---

### CAPÍTULO VIII.

#### ¿QUÉ OFICIOS Y PROFESIONES PUEDEN EJERCER LAS MUJERES?

No hay bastantes datos para que la experiencia pronuncie su inapelable fallo respecto á la aptitud intelectual de la mujer; pero el raciocinio y las observaciones hechas inducen á pensar que tiene inteligencia suficiente para el ejercicio de las profesiones, artes y oficios que no se le permiten desempeñar. Como no hay facultades inútiles, y todo el que las desvía de su destino las deprava más ó menos, prohibiendo á la mujer que cultive y ejercite su entendimiento, se hace de ella un ser imperfecto, se convierte en elemento de perturbación el que debería serlo de armonía, y se establecen reglas en la sociedad opuestas á las leyes de la Providencia.

La mujer puede ejercer toda profesión ú ofi-

cio que no exija mucha fuerza física y para el que no perjudique la ternura de su corazón. Y aun fuerza física tiene la mujer mucha cuando la ejercita, como puede observarse en las comarcas en que se dedican á los más rudos trabajos de la agricultura y á llevar pesos enormes.

Aun concediendo por un momento que la mujer no pudiera remontarse á las más elevadas esferas del pensamiento; que no fuese Hipócrates, Demóstenes, Virgilio, Platón, Galileo, Watt, Leibnitz, Pascal, Monge, Montesquieu, Kant ni Cervantes, San Isidoro ni Bossuet; suponiendo que no hiciera dar grandes pasos á las ciencias, ¿se sigue de aquí que sea incapaz de aplicarlas y de ejercer con ventaja cualquiera profesión?

Observemos lo que saben y lo que hacen un farmacéutico, un abogado, un médico, un notario, un catedrático, un sacerdote, un empleado, vulgares, de la talla común; observemos bien, sin preocupación, en conciencia, y digamos si no puede una mujer aprender lo que ellos saben y hacer lo que ellos hacen.

Siendo la mujer naturalmente más compasiva, más religiosa y más casta, nos parece mucho más á propósito para el sacerdocio, sobre todo

en la Iglesia católica, que ordena el celibato del sacerdote y la confesión auricular. Muchos inconvenientes de esta confesión, hecha entre personas de diferente sexo, desaparecerían si la mujer pudiera ejercer el sacerdocio, cuyos deberes están tan en armonía con sus naturales inclinaciones. Instruir á los niños, enseñar á los ignorantes cosas buenas, sencillas y precisas; acompañar á los enfermos; auxiliar á los moribundos; compadecer á los desdichados; consolar á los tristes; hablar á todos de Dios, en quien cree con tanta fe, son cosas muy propias del sexo compasivo y piadoso. No sabemos si entre las mujeres habría muchas doctoras que causaran admiración; pero de seguro habría muchos ejemplos que imitar y muchas virtudes que harían amar la religión que las inspiraba. Sintiendo se hace sentir; la religión es principalmente un sentimiento, y la mujer su más natural y fiel intérprete. Capacidad le sobra para adquirir la instrucción indispensable; no es un monstruo ni está fuera de las leyes de la armonía del universo, donde se ve que si Dios concede pocas veces sus altos dones, distribuye con mano pródiga todo lo que es necesario.

Esto que vamos diciendo parecerá muy ex-

traño, muy absurdo, y probablemente será para algunos poco piadoso; hemos meditado mucho sobre la materia, y nos parece más fácil hallar chistes para ridiculizar nuestras ideas que razones para combatir las. El ridículo tiene su esfera de acción activa, pero limitada, y no llega á las regiones del entendimiento, en que de buena fe se busca la utilidad por las vías de la justicia. El ruido de las carcajadas pasa; la fuerza de los razonamientos queda: toda persona sensata sabe que suelen pensar poco los que se ríen mucho, y no debe parecerle bien que se traten con risa las cuestiones de un mundo en que se llora tanto. Por lo que hace al anatema que tal vez alguno quiera lanzar contra nosotros, le conjuramos diciendo: que nuestras opiniones tendrán de poco piadosas todo lo que tengan de erróneas; pero que si tenemos razón, no podemos tener culpa: el error es impío, la verdad es santa.

En el ejercicio de todas las profesiones, consideradas bajo el punto de vista del bien social, entra por tanto, casi siempre por más, la conciencia que la ciencia. Poco le basta saber á un escribano; lo que necesita aquel en cuya causa ó en cuyo pleito actúa, es su honradez, su buena

fe: que no *enrede*, como vulgarmente se dice.

La ciencia del jurisconsulto es profunda, profundísima la del criminalista; pero la del abogado vulgar, la necesaria para deslindar lo *tuyo* de lo *mío* y saber lo que es contra derecho y contra ley, no supone ni una gran capacidad ni un grande estudio. Lo que le importa mucho al cliente es la conciencia del abogado, para que le diga que no tiene derecho si no le tiene, y le evite un pleito con todos los sinsabores y perjuicios que trae. Hay casos dudosos, pero en general la justicia es clara, y en un pleito, uno de los abogados sabe que no la defiende. Lo que como juez condenaría, sostiene como letrado; su *buena reputación* consiste en ganar todos los pleitos, sean justos ó no lo sean; su inteligencia se alquila al que la paga, y como una fuerza ciega, defiende indistintamente el absurdo y la razón, la verdad y la mentira. El que no lo hace así, el que no admite ninguna causa que no sea justa, es ciertamente un dechado de virtud, casi un santo, porque el ejemplo y la opinión le arrastran en una sociedad que con frecuencia prescinde de toda moralidad en las acciones de los hombres.

El médico necesita ciencia; pero ¡ay del en-

fermo si no tiene conciencia también! ;Si no le trata como él quisiera ser tratado! ;Si no pesa y mide y calcula por átomos las ventajas ó inconvenientes de un medicamento! ;Si no tiene más temor de hacer mal que vana ostentación de hacer bien! ;Si no está pronto á sacrificar su amor propio á su amor á la humanidad! Y en fin, ;si no conserva aquella sensibilidad sin la cual falta un sentido á su razón!

Sin que nosotros creamos que cualquiera puede ser buen empleado; pensando, por el contrario, que necesita conocimientos especiales, según el ramo á que se dedique, en todos le hace tanta falta la conciencia como la ciencia, y no hay ninguno en que la moralidad no entre por mucho.

El farmacéutico necesita ciencia, pero más conciencia todavía, porque principalmente de ella depende que no sea inútil el acierto del médico, ó en muchos casos, la salud ó la vida del enfermo.

Si las observamos de cerca, no hay profesión en cuyo ejercicio no entre por la mayor parte, ó por mucho, la moralidad del que la ejerce. ;Y no podría desempeñarlas la mujer, más sensible, más compasiva, más religiosa, más casta más moral, en fin?

En la práctica de la medicina las mujeres podrían hacer mucho bien, sobre todo á las personas de su sexo, cuyo pudor no ofenderían; á los pobres, á quienes compadecen, y á los niños, á quienes adivinan (1). Como operadoras tal vez no se distinguirían; la mujer tiene un santo horror á la sangre. ; Para qué vencerle? Dejemos á los hombres las operaciones cruentas, útiles sólo cuando están hechas por manos muy hábiles, y cuya omisión no sería una gran pérdida para la humanidad.

Excusado es decir que las mujeres no se han de dedicar á la profesión de las armas, tan antipática á su natural sensible y compasivo. No deben ir á la guerra más que para curar á los heridos, ni arrostrar la muerte sino para salvar alguna vida.

Á la mujer, que desempeñaría bien la profesión del letrado, no le daríamos el cargo de juez, y no porque no esperásemos mucho de su rectitud, y quién sabe si de su firmeza, sino porque

(1) En los años transcurridos desde que se escribió este libro, la experiencia ha ido confirmando lo que el raciocinio anticipaba; en Suecia, en Rusia, y sobre todo en los Estados Unidos, las mujeres ejercen la medicina en gran número y con buen éxito.

no queremos provocar una lucha continua entre su deber y su corazón, ni que su nombre esté nunca al pie de una sentencia afflictiva. Su mano ha de enjugar lágrimas, no hacerlas asomar ni aun á los ojos del criminal; no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles (1).

(1) Tal vez con el tiempo parezca que hemos pagado tributo á las preocupaciones del nuestro, no queriendo que la mujer aplique las leyes penales. Si así fuese, sirvan de excusa lo crueles y degradantes que son todavía, en la mayor parte de los países, y especialmente en el nuestro, la manera depravadora é inhumana de cumplirlas.

En algunos territorios de los Estados Unidos, las mujeres son ya *jurados*, habiéndolas llevado allí, lo mismo que á los colegios electorales, con un fin *moralizador* y la esperanza de poner algún coto á la impunidad, esperanza que no ha sido defraudada. Es decir, que contra lo que parecía *natural* (tanto se han alejado las leyes y las costumbres de la naturaleza), contra lo que parecía natural, las mujeres, por un sentimiento de justicia más vivo en ellas que en los hombres, han contribuído á la mayor severidad de los fallos, sobre todo cuando se trata de ataques á las personas, absueltas por jueces del sexo masculino que no dejan el revólver ni aun para sentarse en la sala del Tribunal, y que no siempre están á cubierto de las sospechas de venalidad.

Al escribir lo que queda dicho en el texto, confesamos habernos dejado llevar más del sentimiento que consul-

Puede desempeñar bien un empleo, pero no le estaría bien la autoridad. En el ejercicio de la autoridad hay siempre algo de militante; puede ser necesaria la coacción, y además, el respeto que inspira la mujer no es, ni puede ser, ese respeto mezclado de temor que inspiran y necesitan inspirar los que han de vencer las resistencias que se presentan á la ejecución de la ley en todas las esferas. La mujer, que domina por la persuasión, la dulzura y el cariño, no ha nacido para mandar por medio de la fuerza; sufre donde hay necesidad de coacción.

Tampoco quisiéramos para ella derechos políticos ni parte alguna activa en la política. Hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante, de militante en la política; hay ahora mucho, creemos que habrá siempre bastante en ella, de pasiones, de intereses, de intrigas, de luchas de mal género, de ruido desacorde, de aceptar

tado á la fría razón, y querido alejar conflictos entre la sensibilidad y la conciencia de la mujer, antes que buscar garantías de que se hará justicia á los acusados. No se nos oculta que éstos ganarían con que sus jueces se impresionasen y preocupasen mucho al juzgarlos, en vez de la indiferencia con que suelen ser juzgados, casi puede decirse, mecánicamente.

medios no siempre honrados é instrumentos y auxiliares no siempre puros, para que queramos ver á la mujer en ese campo de confusión, de mentira, y muchas veces de iniquidad (1).

El tiempo, dicen, suavizando las costumbres y educando las masas, hará que la política no tenga nada de antipático á la naturaleza femenina. Lo dudamos. Dudamos que los vestigios

(1) En algunos de los Estados Unidos tienen ya derechos políticos y votan las mujeres, y según informes oficiales y autorizados, con gran ventaja, tanto respecto al decoro y buenas formas en los colegios electorales, como para el mejor acierto en la elección. Muchos hombres, no pocos de mérito eminente, que piden derechos políticos para las mujeres anglo-americanas, es principalmente con el objeto de *moralizar* las elecciones, y en aquellas en que han tomado parte hasta aquí, parece que, en efecto, han sido elemento moralizador. Como la prueba no tiene ni extensión ni tiempo para constituir experiencia, carece de autoridad decisiva. Además, en los Estados Unidos puede ser buena una cosa, pero sin aplicación á España, cuyas mujeres no tienen hoy la instrucción, el prestigio, el carácter, la firmeza que se necesitarían para servir de dique á la depravación criminal que se desborda por lo común donde quiera que se elige un Diputado á Cortes, y tememos que en vez de sanear la atmósfera electoral, se contaminaran con ella. Es posible que se purifique en el porvenir, pero está muy lejano: la pestilencia va en aumento al presente.

de lo pasado, los intereses del presente y las aspiraciones del porvenir, unidos á las pasiones del hombre y á los dolores de la humanidad, dudamos que estos elementos de la política de todos los tiempos dejen de producir lucha, que podría suavizarse en la forma, pero que en el fondo tendrá siempre injusticias y rencores. En las ciencias sociales la idea necesita hacerse hombre, y al encarnar, pierde mucho de su diáfana pureza.

Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante; y si la mujer toma parte activa en ella, podrá verse envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado, el hogar que custodia la mujer; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.

Y la mujer, ser inteligente, ¿no ha de tener opinión ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer á una escuela, puede tener opinión é influir en la de los otros por muchos medios eficaces, pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. ¿Le

necesita, por ventura, para contribuir poderosamente al triunfo de sus ideas? De ningún modo. Cuando sea ilustrada, influirá en la política, aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.

Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, y aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.

---

---

## CAPÍTULO IX.

### ¿CÓMO SE MODIFICARÁ EL CARÁCTER DE LA MUJER EDUCADA?

Todo el mundo sabe que con la civilización se suavizan las costumbres; que los pueblos menos civilizados son los más feroces. Este incontestable hecho social significa que el individuo, á medida que se educa, que se instruye, se hace menos irascible, menos violento, más benévolo. Esto para los pueblos, para los hombres. ¿Y las mujeres? ¡Oh! Con las mujeres se cree que sucederá lo contrario, porque todo lo que á ellas se refiere se rige por reglas especiales: el absurdo tiene también su lógica, que aplica hasta donde puede.

Más clara ó más confusa, es muy común la idea de que la mujer, cuyas facultades intelectuales se eduquen, ha de hacerse más varonil; que ha de perder la suavidad y la dulzura, que

son el encanto de su sexo; que ha de ser menos manejable; que ha de querer revestirse de autoridad con perjuicio de la de su marido; es decir, que la educación en ella ha de producir un efecto diametralmente opuesto al que produce en todos los vivientes racionales é *irracionales*. Esta opinión podrá carecer de sentido común, pero en cambio tiene numerosos partidarios.

Preguntemos á la experiencia, pues aunque tratándose de la educación de la mujer está muda en muchos casos, debemos recoger respetuosamente sus respuestas cuando puede darlas. ¿Qué nos dice? Que la educación, aun incompleta, produce en la mujer los mismos efectos que en el hombre.

Esas mujeres duras, brutales, crueles, desalmadas, intratables, pertenecen, por regla que apenas tiene excepción, á las clases no educadas. Á medida que la mujer se educa, menos por lo que aprende en el colegio, que por lo que se modifica con el trato, el ejemplo y el amor del hombre ilustrado, ¿no se hace más dulce, más afectuosa, más dócil á la voz del deber, de la razón y del cariño?

Nuestro ser es un compuesto de instintos, de facultades, de sentimientos; buenos cuando se

dirigen al bien, malos cuando al mal se encaminan. ¿Qué es la educación en la mujer? Lo mismo que en el hombre. El medio de fortificar los buenos impulsos y de debilitar los malos. Tal vez se nos dirá: ¿esos impulsos naturales no son naturalmente armónicos? Respondémos: que los instintos, estando encargados de la conservación del individuo y de la especie, nacen educados; son necesariamente de una energía más espontánea que las facultades, y por un misterio impenetrable de la Providencia, esta energía necesaria pasa fácilmente el límite debido, y se convierte en crimen ó pasión perturbadora apenas le ha pasado.

Los instintos son indispensables á nuestra vida material, y la vida del alma es muchas veces una guerra contra los instintos, que tienen tendencia á desbordarse y son fatales cuando se desbordan. ¿Por qué son los salvajes lascivos, sanguinarios, egoístas y ladrones? Porque se dejan arrastrar por sus instintos. Combatiéndolos el hombre civilizado, se hace un ser moral y llega á la benevolencia, á la piedad, á la abnegación, á la virtud. ¿Cómo se combaten los instintos? Con los sentimientos y la inteligencia; pero las manifestaciones de ésta, necesaria



á la perfección, no á la vida, son menos enérgicas y han menester educarse. Á medida que se educa, los instintos se tienen á raya, los sentimientos se elevan, las ideas se extienden y el hombre se purifica. Á la mujer le sucede lo propio, y no es posible sostener que su compañero estará peor con ella cuando sea más dulce, más razonable, mejor.

Pero se dice: el hombre quiere ser obedecido sin discusión, sin razonar sus órdenes; así lo exigen su instinto de mando y la paz doméstica.

Respondemos: que el instinto pierde terreno á medida que la razón avanza; que la paz va siendo, no el silencio, sino la armonía; que el principio de autoridad no razonada é irresponsable no puede vivir en la familia cuando muere en la sociedad. Y no vive en efecto. El marido que no es bueno, abusa muchas veces de su fuerza y de la ventaja que le proporciona la ley; pero el hombre justo y razonable, muchas veces toca también los inconvenientes de que su mujer no se haga cargo de la razón. ¿No tiene que transigir con las genialidades y con los caprichos, y siguiendo el consejo de San Pablo, por la paz *ceder de su derecho*? ¿No tiene que renunciar á hacer valer su razón, y calla como

quien trata con una criatura que de ella carece, por no aceptar y educar la inteligencia en su mujer? ¿No se ve en la precisión de concederle privilegios muy parecidos á los de los niños y los locos, y cuyo límite es más fácil extender que fijar? ¿Al imponer la tiranía de los fuertes, no sufre la de los débiles, que si son queridos, pueden ejercerla?

El principio de autoridad está debilitado en el hogar doméstico como en la plaza pública; las mujeres se quejan de la tiranía de los maridos y éstos de la desobediencia de las mujeres, y es que la época es de transición, y que la paz doméstica no tiene *ya* los elementos del pasado, ni cuenta *todavía* con los del porvenir.

Si se respetan los fueros de la justicia, la paz entre seres sensibles y razonables ha de establecerse por la razón y el sentimiento. La mujer educada sentirá y comprenderá mejor, tendrá más elevación para pensar y más delicadeza para sentir, y será con su marido más razonable y más amante. ¿Qué hombre, si no es perverso ó brutal, preferirá la obediencia ciega del temor á la docilidad razonada del cariño?

Pero, en fin, ¿quién *mandará en casa*, quién será el jefe de la familia? Mandar despótica-

mente, no debe mandar nadie; tener fuero privilegiado, no debe tenerle ninguno, ni tampoco hacer concesiones de gracia y andar en tratos con la justicia, porque la justicia no se suple por ninguna cosa, ni sobre ella hay nada. Pero el hombre es físicamente más fuerte que la mujer; es menos impresionable, menos sensible, menos sufrido, lo cual le hace más firme, más egoísta, y le da una superioridad jerárquica natural, y por consiguiente eterna, en el hogar doméstico.

La mujer, que ha de ser madre, ha recibido de la naturaleza una paciencia casi infinita, y debiendo por su organización sufrir más, es más sufrida que el hombre. Su mayor impresionabilidad la hace menos firme; su sensibilidad mayor la hace más compasiva y más amante. Por más derechos que le concedan las leyes, la mujer, á impulsos del cariño, cederá siempre de su derecho; callará sus dolores para ocuparse en los de su padre, su marido ó sus hijos; la abnegación será uno de sus mayores goces; dará con gusto mucha autoridad por un poco de amor, y suplirá con la voz dulce y persuasiva que Dios le ha dado, la fuerza que le negó. No queremos ni tememos conflictos de autoridad en la familia

bien ordenada, de que el hombre será siempre el jefe, no el tirano.

Así como no vemos diferencias de inteligencia en los niños de diferente sexo, vemos muchas de carácter. La niña es desde luego más dócil, más dulce, más cariñosa, menos egoísta: es ya el germen de la madre, que ensaya con sus muñecas lo que más adelante hará con sus hijos. Son naturales, y por consiguiente eternas, las diferencias de carácter necesarias para la armonía, porque (y nótese esto bien) *las de la inteligencia no contribuyen á ella, sino que, por el contrario, la turban.*

Entremos en el hogar doméstico y observemos un matrimonio. La paz no se alterará nunca porque piensen del mismo modo, sino que, al contrario, será tanto más perfecta cuanto sus opiniones sean más idénticas y sus entendimientos puedan marchar más tiempo unidos. Donde las diferencias son necesarias es en el carácter, y allí están grabadas por la mano de Dios. La dulzura, la perseverancia, la docilidad, la abnegación, la paciencia de la mujer; su natural más compasivo, más amante, más complaciente y sufrido: estos son los elementos de la armonía. Añádase que en el hombre, al menos

en el hombre de nuestra raza, cristiano y civilizado, hay, además del amor, muchos sentimientos que, lejos de arrastrarle al abuso de la fuerza, le impulsan á amparar la debilidad, á proteger á la mujer, á devolverle en consideración y respeto todo lo que puede haber recibido de su abnegación y de su paciencia. Cuando la mujer no tiene ya ningún atractivo, es todavía objeto de miramientos y consideraciones, en que no tienen parte las simpatías del sexo; independientemente del amor hay entre los dos sexos armonías, cuyo origen está en las condiciones de carácter y de modo de sentir.

Existen pocos hombres que no cedan á la razón y á la dulzura de una mujer prudente, y si no cedan, bien pueden entrar en alguna de las diferentes categorías del malvado. Como creemos que la mujer será tanto más prudente y más dulce y suave de carácter cuanto esté mejor educada, tenemos por cierto que habrá más armonía en el matrimonio á medida que la esposa tenga más cultivada su razón y más elevados sus sentimientos. No puede llamarse armonía el silencio de la mujer, que si no tiene una palabra para la contradicción, tampoco la halla para el

consejo, y que si no se opondrá á nada, tampoco comprende ni consuela.

La experiencia poco puede decir en la materia, porque en nuestra patria es muy corto el número de mujeres que tienen alguna instrucción, y ésta poco sólida, adquirida sin plan ni método, y á veces teniendo que vencer grandes obstáculos. En las mujeres que hemos podido observar de cerca, hemos visto lo que no podíamos menos de ver, que la instrucción las hace más razonables y mejores, más dulces y menos expuestas á devaneos y extravíos. Sentimos no poder citar aquí algunos nombres, que probarían la natural alianza de una inteligencia cultivada, de un corazón amante y de una abnegación sin límites.

Si se nos presentase algún ejemplo de lo contrario, responderemos que no hemos creído que instruyéndose las mujeres no ha de haber ninguna díscola, viciosa ó perversa; responderemos que pueden rechazarse todos los ejemplos, porque entre nosotros no hay mujeres que tengan verdadera instrucción, y responderemos, en fin, que habiendo sido hasta aquí necesario sostener una lucha para que la mujer en España se instruyese algo, ha necesitado á ve-

ces condiciones de carácter especiales para instruirse, y nada tendría de extraño que esta energía tuviese la apariencia y acaso la realidad de mayor violencia y menos dulzura que en lo general del sexo. Aunque así fuese, carecería de fuerza el argumento que en este hecho se apoya; pero repetimos que no es así; aunque hecha la observación en las condiciones más desfavorables, ha confirmado siempre esta verdad: *Todo ser racional ó irracional se mejora á medida que se instruye y se educa.*

Hay mucho que esperar y nada que temer para la armonía y paz doméstica de la educación intelectual de la mujer, que no necesita mandar para dirigir, ni dominar para ser dichosa. No queremos quitar al hombre las ventajas que recibió de la naturaleza; pero abusará poco de ellas cuando halle enfrente la razón ilustrada, la ley, la opinión y el cariño. No queremos que se pretenda destruir la obra de Dios, prohibiendo á la mujer el uso de las facultades que de Él ha recibido. Ni tememos que, excepción inconcebible entre todos los seres educables, sea menos dulce y suave cuando esté mejor educada. No queremos que se la prive de su derecho, ni tememos que abuse, ni que use

de él siquiera reclamándole con todo rigor; halla más gusto en hacer gracia que en exigir justicia, y el consejo que San Pablo da al hombre, ella le recibe de su corazón: *por la paz cederás de tu derecho.*